

«El gobierno francés ha reconocido su impotencia, y su ejército al regresar á Europa, dirá al mundo entero que la monarquía austriaca es un imposible en la patria de Morelos y Zaragoza. ¿Creen que lo que no pudieron consumir sesenta mil franceses, ocho mil austriacos, mil seiscientos belgas y treinta mil extraviados ó forzados mexicanos, con el prestigio y el oro de dos naciones poderosas, sea capaz de llevar á cabo la escasa minoría de clericales, que solo buscan su salvacion en la ruina de los pueblos? ¿Hay quién disculpe tamaña obsecacion? ¿Hay quién la comprenda?

«El triunfo de la República es un hecho que nadie puede arrancar de la historia. Correrá la sangre mexicana por las calles de nuestras ciudades: el fuego, la destruccion y la muerte serán otra vez el espectáculo de algunos dias: la orfandad de muchas familias y la ruina de otras el único resultado de la incalificable tenacidad de los Márquez, Miramon y Lares; pero la voluntad de Dios será cumplida y México independiente y libre.

«Mexicanos: Los ciudadanos que se agrupan bajo las banderas del ejército de Oriente, continuarán su marcha con la inquebrantable resolucion de que han dado pruebas en repetidos combates y en largas y penosas campañas. Muy pronto estrecharemos la mano á nuestros hermanos del Norte, de Occidente y del Centro, y con su poderosa cooperacion quedará consumado el triunfo que no pudiéramos alcanzar por nuestros sólo esfuerzos.

«Mexicanos, los que os habeis extraviado: La República es bastante grande y poderosa para ser magnánima. Nadie piensa en inundar el suelo con raudales de sangre; el Congreso de la Union y el Gobierno supremo, á quien ha sido delegada la representacion nacional, atesoran los mas santos deseos para mitigar los rigores de la ley en favor de la generalidad de los desgraciados.

«Los pueblos de todos los Estados sublevados contra la dominacion extranjera, forman numerosos é irresistibles ejércitos que encerrarán á sus enemigos en un círculo de fuego; y ¡ay de los que tengan la desgracia de haber provocado nuestras íras! La Nacion traicionada se hará entónces justicia y sólo Dios sabe sobre cuantos recaerá su justa indignacion.

«La constitucion de 1857 y el Gobierno supremo que de ella emana, serán reconocidos en toda la extension del territorio nacional; el pueblo será llamado á elegir á sus mandatarios y á decidir de la suerte de los que olvidaron sus deberes de mexicanos; y por nuestra parte, cumplidos nuestros vo-

tos y satisfechos nuestros deseos, solo pediremos en recompensa EL PLENO GOCE DE LAS GARANTIAS CONSTITUCIONALES reconquistadas con la ayuda de nuestras armas.

«Cuartel general en Huamantla. Marzo 1º de 1867.—*Porfirio Diaz.*

Es notable el temple de moderacion y de entusiasmo que domina en esta proclama. Se habla en ella mas bien al patriotismo de los pueblos que á los rencores de los partidos; más que el ¡hurra! de un terrible batallador, es la voz reposada y solemne del magistrado que viene á pronunciar su fallo en la contienda; sin amarguras por el pasado, sin ódios por el presente, sin rencores para el porvenir. . . .

Ya veremos como los sucesos correspondieron exactamente á sus previsiones y á sus promesas; y aún estamos viendo que no desmienten sus propósitos, á pesar de que todo pareció conjurarse despues para dar á estos otro sentido é imprimirles otra direccion.

En el camino de Tlaxcala se incorporó el empleado de la Comisaría que habia ido en comision á Matamoros, y en esta última ciudad recibió el General en Jefe las resoluciones del Gobierno General, en cuya virtud se incorporaron á la línea de su mando, el Distrito Federal y los tres del Estado de México, es decir: aun el primero que el mismo general no habia creido necesario para el desarrollo de las operaciones militares sobre el valle.

El día 9 de Marzo se estableció el Cuartel General en el Cerro de San Juan y se dió principio á las operaciones del sitio sobre la ciudad de Puebla. En la misma fecha se mandó un jefe de toda confianza al general D. Diego Alvarez que se hallaba en Cuernavaca con una division de 1,500 hombres, invitándolo para que se incorporara al Ejército; se dió orden al general D. F. Leyva para que con una brigada viniera á establecerse á Chalco, de observacion sobre México, y al general Cuellar para que se pusiera con la suya á las órdenes del primero.

Hasta ese dia el General en Jefe habia parecido vacilar en la eleccion del teatro de sus operaciones, y el mariscal Bazaine, discurrendo con un amigo nuestro, momentos ántes de embarcarse en Veracruz, le decia, poco más ó menos:—«En este país de las anomalías, nada me ha sorprendido como la conducta de Porfirio Diaz, que habiendo salido *en chemise* de la prision, ha levantado una masa de hombres mal armados, vencidos unas veces y vence-

dores otras, pero progresando siempre en orden y disciplina. Sin embargo, agregaba,—ese hombre se estrellará en Puebla, si comete el error de emprender el sitio de la plaza: yo la defendería con una tercera parte de las fuerzas de que puede disponer su jefe.»

Iniciadas apenas las operaciones sobre Puebla, el general Díaz recibió órdenes apremiantes del Gobierno General, que venía en camino para San Luis, para que mandara una parte de sus fuerzas al sitio de Querétaro, en donde se creía encontrar ántes que en ninguna otra parte, el desenlace de la situación. Los jefes del segundo Distrito del Estado de México, manifestaron sus deseos de ser los primeros en acudir á aquel llamamiento, indicando la conveniencia de que fuese también una brigada de Puebla á las órdenes del general Márquez Galindo, y que se encargase el mando del cuerpo auxiliar al Sr. general Mendez. Así se dispuso, librando las órdenes oportunas para que se les incorporara el general Riva Palacio con las fuerzas del primer Distrito.

No nos es dable seguir paso á paso al general Díaz en los múltiples episodios del sitio y en las variadas tareas de la administración de los diez Estados de su mando. Sus operaciones militares exigirían una historia que no tenemos el propósito de escribir; su administración necesitaría un estudio que no podemos hacer por falta de datos y por la premura con que evocamos nuestros recuerdos; pero refiriéndonos siempre á los hechos más notables, no podemos menos que compenetrar una con otra ambas historias, como el viajero que marchando por un trayecto poco práctico y entre un panorama ménos conocido, contempla unas veces la desecha tempestad que ruge en las montañas, y otras la naturaleza en calma, contrastada como por encanto por la mano invisible y todopoderosa del Creador.

Desde los primeros días se arrojó al enemigo de San Javier, y se estableció una media batería sobre los *Hornos* de Múgica, que sin que jamás lo hubieran sospechado otros, vinieron á servir de Caballero alto, dominante de los fuertes edificios que ocupaba el enemigo. El General en Jefe pasaba diez, doce y veinte horas en las líneas de circunvalación, poniendo personalmente nuestras piezas en puntería, y haciendo avanzar á nuestras columnas casa por casa, aspillerando, horadando ó minando las paredes intermedias; volvía al despacho de los negocios, y con una actividad delirante, acordaba las más oportunas y fecundas disposiciones sobre construcción de parque, reconstruc-

ción de armamento, acopio de víveres, etc.; y dominando los más variados asuntos, hacia conducir una pieza de grueso calibre olvidada en el cerro del Borrego y otra perdida en Perote; llamaba á una partida de hombres equívocos, establecida en la Malinche y les inspiraba la noble ambición de servir á la República; y todavía preguntaba á sus ayudantes: «¿No queda algo que hacer?»

La cuestión de recursos se revolvía en su mente entre los fuegos del enemigo y el medio de apagarlos sobre esta ó aquella posición, por esta ó aquella línea. El mismo día, acaso, en que se le desplomaba encima el techado candente de Chiarini, volvía meditando un nuevo recurso financiero, equitativo y lo ménos oneroso que era posible.

Creó una aduana en la estación de Apizaco, para que los efectos que se introdujeran en México pagaran allí los impuestos legales; dió el decreto de 11 de Marzo, imponiendo el 1 por 100 sobre todo capital raíz ó moviliario, é hizo salir al general Terán para la ciudad de Orizaba á negociar un anticipo de dinero con el jefe de hacienda del Estado de Veracruz, que lo era el honrado cuanto eminente hacendista, general D. José M. Mata. «Díle al compañero Mata—decía al general Terán—que dentro de tres días no tendré pan para la tropa; que los prestamistas serán reintegrados con los mismos productos del impuesto, y que puede ofrecer su garantía personal y la de mi nombre, seguro de que no comprometeré nuestra honra.»

Los propietarios y comerciantes de Orizaba facilitaron una gruesa suma á los Sres. Mata y Terán, y á su tiempo fueron religiosamente reintegrados. La aduana de Apizaco produjo algunos recursos, y los empleados encargados de su despacho recibieron instrucciones para hacerse reconocer en el Distrito Federal, y dar desde luego principio á la formación de los expedientes necesarios para que la derrama decretada fuese á la vez que justamente proporcionada, debidamente productiva.

Se mandó al Golfo un inspector de aduanas marítimas, se reorganizó el servicio de las de los Estados de Tabasco y Veracruz, y se cerró la de este puerto y habilitó el de Alvarado para el comercio de altura.

Incorporada la división del Sur, establecida la de observación en la línea de Chalco y Texcoco, reparadas las líneas telegráficas de Veracruz y México por los Llanos y por Rio Frio, el Cuartel General se hacia obedecer en toda la extensión de su mando, desde Tabasco y Chiapas hasta Pachuca y Toluca.

Las operaciones del sitio se seguían con una actividad asombrosa, multiplicándose nuestra escasa artillería por la oportunidad y eficacia de nuestros artilleros y adelantando día por día nuestra línea de operaciones en el orden dispuesto por el General en Jefe para arrancar de ella el empuje de nuestras columnas de asalto á la hora conveniente.

Cada campamento era un pueblo, porque los habitantes de la ciudad habían ido á buscar en ellos las garantías y comodidades de que carecían en la plaza. Acudían al Cuartel General los gobernadores, los comisionados, las personas de negocios de toda esta parte de la República, y nadie tenía que esperar en antecámaras ni en tramitaciones la resolución del asunto más árduo, que el General en Jefe acordaba con una sencillez patriarcal, entre un movimiento militar ó una orden sobre maestranza; muchas veces con un proyectil en una mano y el lápiz en la otra, para calcular la duración de la espoleta ó el grosor y la resistencia de una granada. Al toque de Ordenanza que nunca quiso prohibir, como el único lujo que se dispensaba frente al enemigo por no excusarse de sus tiros, soldados y paisanos, hombres, mujeres y niños, todo el mundo se levantaba, buscando al modesto general que venía de los lanceros más peligrosos para consagrarse á los estudios más profundos de legislación, hacienda ó gobierno.

Márquez había salido entretanto, de la plaza de Querétaro, sitiada por los ejércitos del interior; había reasumido todos los poderes en México como *Lugar-teniente* del Emperador, y ejerciendo una tiranía frenética, había por último reorganizado los dispersos pero abundantes elementos imperialistas, y puéstose en marcha para auxiliar á los sitiados de Puebla con una columna de 4,500 hombres de las tres armas, y tres baterías, dejando en México una guarnición suficiente para mantener en respeto á las partidas irregulares que recorrían el valle.

Son interesantes á este respecto las comunicaciones oficiales que trasladamos en seguida:

MINISTERIO DE GUERRA.

México, Marzo 23 de 1867.

Me impuse de la de vd. del 17. De las que cita sólo he recibido la del 10 y su proclama de aquel día, que contesté el 16, adjuntando orden para girar

10,000 pesos sobre Veracruz. Los sacrificios de V. S. y de los que le obedecen, no serán estériles. ¡Animo! que el Emperador, despues de su buen suceso en Querétaro, debe estar ya en marcha, ó al ménos una fuerte division que tal vez se dirija por los Llanos en auxilio de Puebla, cuyos sitiadores és que han sufrido ya mucho por las certeras punterías de la plaza. Reitero á V. S. mis instrucciones sobre que á todo trance se defienda pues el gobierno no admite capitulacion ni arreglo de ninguna especie; ¡firmeza y energía! un poco de tiempo más, y el enemigo, ó huye ó será vencido por nuestra columna de operaciones. Sírvase V. S. disponer que las cifras con que escribe no sean tan diminutas, porque se pierde mucho tiempo en descifrarlas, y hasta se hace imposible cuando es de noche.—El Ministro de Guerra, *Portilla*.—Sr. general D. Manuel Noriega, en jefe de la tercera division del segundo cuerpo de Ejército.—Puebla.

ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO.

México, Marzo 27 de 1867.

He leído la comunicacion que V. S. envió al gobierno, en la que le comunica que rechazó al enemigo la bizarra guarnicion de esa plaza. Quedo enterado de los movimientos que ha emprendido para estrechar más el sitio; pero repito á V. S. lo que le dije en mi comunicacion de esta mañana respecto del oportuno auxilio, para lo cual yo mismo saldré con «una columna de *ocho mil* hombres de las tres armas para escarmentar al enemigo.» Entretanto, espero del valor de V. S. que la plaza se sostendrá á todo trance hasta mi llegada. S. M. el Emperador, tanto á V. S. como á la bizarra guarnicion de esa plaza dá las gracias por su comportamiento. Hágalo V. S. saber así á la guarnicion.—El jefe del Estado Mayor del ejército, *Leonardo Márquez*.—Sr. general Noriega, etc. etc.—Puebla.»

Hemos llegado al mes de Abril y no sabíamos como describir la maravillosa victoria del día 2, si tuviéramos que fiarnos á nuestros propios esfuerzos. Hay, por dicha, una página trazada por la diestra pluma de un testigo ocular, que durará tanto como la memoria del suceso que refiere. Su insercion dará mayor interés á este relato.

«El Ejército de Oriente, dice *El Globo* de 2 de Abril de 1868, descendió al valle de Puebla el 7 de Marzo. No se había obrado aún el movimiento de concentración que reunió poco después bajo los muros de la ciudad de Zaragoza á una considerable parte de las fuerzas que defendían la independencia en la parte oriental de la República. Cuando el general Díaz se presentó á las puertas de aquella plaza, sus tropas, si mal no recordamos, se aproximaban apenas á 3,000 hombres. No fué su idea, según hemos entendido, poner un asedio á la ciudad: en vista de la inferioridad numérica de su Ejército y de sus elementos de guerra, creyó que el enemigo saldría á su encuentro, y hé aquí por qué en la mañana del 8 de Marzo tendió sus tropas en batalla á la falda del cerro de San Juan.

«La guarnición imperialista, lejos de aceptar el reto, se encerró dentro de su línea de fortificación. Para establecerla y reforzala se habían aprovechado las lecciones del famoso sitio sostenido contra el ejército francés cuatro años ántes. El centro de la ciudad estaba ceñido con una formidable línea de barricadas y baluartes erizados de artillería. Puebla había sido, durante mucho tiempo, una especie de depósito militar para el ejército de la intervención. Pocos meses ántes se había recibido de Europa una enorme cantidad de pertrechos destinados para los voluntarios austriacos y los almacenes de la plaza rebosaban literalmente de armas, de municiones y de víveres.

«El jefe del ejército de Oriente contaba con un número de fuerzas mezquino, relativamente á la empresa de cercar la ciudad y de reducirla por un formal asedio. Le faltaba casi del todo la artillería, y esto por la sencilla razón de que se había armado con los despojos del enemigo, y de que los austriacos y traidores, derrotados en Miahuatlan y La Carbonera, no llevaban artillería de batalla ni de plaza. Seis pequeñas piezas rayadas, botín recogido en la segunda de aquellas dos victorias, constituían casi todo el material de artillería del Ejército que comenzó á sitiar á Puebla en los primeros días de Marzo del año pasado. Los defensores de la plaza lo sabían y se juzgaban seguros tras de su línea terriblemente artillada.

«El jefe sitiador no vaciló, sin embargo, en comenzar las operaciones, y sus primeras medidas introdujeron algún desconcierto en el enemigo. Con el recuerdo de los rudos ataques que en el sitio de 63 sufrió la parte occidental de la ciudad, se procuró dar por aquel lado un carácter inexpugnable á las fortificaciones. Una mañana, de improviso, los defensores de la plaza vieron estable-

cidos á los sitiadores á poca distancia sobre un torreón artillado que donimaba la línea de defensa. Era un gran horno de cal. El general Díaz lo había mandado macizar con escombros durante la noche, y hecho subir á aquella torre improvisada algunas de las piezas ligeras de que ántes hablamos. Por este medio las fuerzas sitiadoras se encontraron protegidas en su avance progresivo al interior de la plaza, y la guarnición de ella vió nulificada la ventaja que le daba la principal de sus líneas de defensa, comprendiendo el peligro de que fuese cortada la extremidad de aquella línea que remataba en el convento del Carmen.

«La perspicacia y la actividad fabulosa del general en jefe, continuaron supliendo el número de las tropas y pertrechos. Presente, en virtud de una casi ubicuidad, donde quiera, hacia avanzar las operaciones por todos lados. Escapando á veces por maravilla del fuego enemigo, con el sombrero y el vestido acribillado de balas; salvado por milagro en otras veces de entre los tizones ardiendo y de las ruinas de un edificio desplomado, el general Díaz logró en la segunda quincena de Marzo, avanzar en los trabajos de sitio, lo que el ejército francés no pudo durante dos meses. Pero al aproximarse el de Abril, una emergencia grave vino á hacer crítica en extremo la posición del Ejército sitiador. D. Leonardo Márquez salió de México con fuerzas respetables y con un gran tren de artillería para salvar á la guarnición imperialista acorralada en Puebla. Este socorro había sido ofrecido diariamente al jefe de la plaza, y sólo así se explica la tenacidad de la resistencia. El 1° de Abril el Ejército republicano se hallaba ante un enemigo seguro tras de sus fortificaciones, á la vez que envaletonado con la proximidad del auxilio, y otro enemigo á la espalda y á distancia de muy pocas leguas.

«En circunstancias semejantes, el jefe del Ejército de Oriente había tomado el partido de sostener el sitio de Oaxaca con una corta fuerza, y de volverse sobre el refuerzo que iba á socorrer la plaza sitiada, desbaratándolo por medio de un golpe fulminante. Aquel partido no era practicable esta vez. El número y la calidad de algunas de las fuerzas no se prestaban á la división; pero lo más grave de todo, el depósito de municiones del Ejército, no permitía sostener las operaciones del sitio y presentar á Márquez batalla, deteniéndole en alguna de las gargantas que dan entrada al valle de Puebla.

«En estas circunstancias, una persona que en el cuartel general se había inclinado siempre á la idea de levantar el sitio y mover el ejército de Oriente